**Olver Quijano Valencia al recibir la medalla al mérito “Carlos Velasco y Alvaro Paz”: re-activando la memoria**

Cajibío, Cauca, 28 de noviembre de 2013

Sin duda y para mi gusto, este es uno de los más grandes honores y uno de los más significativos reconocimientos que he recibido en mi vida, en especial porque emana de una corporación local que ahora pone sus ojos en la potencialidad, la capacidad y los agenciamientos tanto de sus hijos como de algunas instituciones que de alguna manera, desde nuestras posiciones y nuestras vidas seguimos con esperanza el desenvolvimiento y el presente-futuro de nuestro municipio. Hace poco tiempo cuando me enteré de la decisión de esta corporación, pensé primero y como siempre en mis padres, en mi hijo Juan Esteban y en Andrea, en toda mi familia, en mis amigos de ayer y de hoy, en el costo de ser diferente, y claro, en mi historia que empieza en aquella humilde casa en el Corregimiento de La Venta donde nací y tramité mis primeros seis años, y a donde nunca he dejado de volver para activar la memoria, recuperar el origen y nunca olvidar nuestra condición de campesino o como dicen ahora, de agrodescendiente.

Así que, este reconocimiento se convierte también en el mejor pretexto para reactivar la memoria y refrescar nuestra historia, demostrando cómo justamente a pesar de ser campesinos y pueblerinos, también tenemos un abierto y sugerente horizonte por el cual caminamos con apuestas existenciales, académicas, laborales, siempre posibles gracias a la solidaridad y el afecto de los que siempre están de nuestro lado. Por esto, nuestros éxitos, nuestros títulos, nuestros libros, en fin, nuestras conquistas de ayer, hoy y de siempre, no son sólo un producto mío o del Yo, sino y ante todo un resultado del nosotros, es decir son cosas que se concretan gracias al afecto, la vecindad y la solidaridad de mucha gente con la cual hemos tenido la oportunidad de conversar, darnos la mano, acompañarnos en las alegrías y en los dolores, y en fin, de hacernos sentir mutuamente parte del mapa de nuestro mundo afectivo.

Esta vez estoy aquí en la parte delantera de una vasta y larga fila de hombres y mujeres de nuestro municipio quienes desde la singularidad de sus vidas también se distinguen por hacer algo por sí mismos, por sus familias, por sus veredas y corregimientos, asuntos que sumados son los que nos indican el estado de nuestro tejido comunitario y de las posibilidades y esperanzas que nos asisten. Así que también son ciudadanos distinguidos y con muchos méritos nuestros campesinos y campesinas que enfrentan una perversa política estatal que ha hecho de la actividad agropecuaria una poco prometedora opción económico-productiva y de vida. Ellos y ellas movidos por el amor a la tierra y por seguir organizando el lugar para la vida comunal, son quienes en la adversidad nos muestran distintas formas de imaginar y experimentar el campo siempre en favor de la vida, la alegría y la esperanza.

También se suman al listado de las distinciones locales, hombres y mujeres quienes desde un tipo de sensibilidad particular han tomado la música, la poesía, la palabra, la vida, el trabajo espiritual, la docencia, la producción, la asociatividad, el deporte, la gestión, el servicio público, el trabajo comunitario, etc. Encontramos entonces en todo el territorio cajibiano, el legado de grandes maestros en la música (unos exaltados y otros invisibilizados) como también a nuevas generaciones queriendo contra todo, recuperar esta tradición que pareciera desvanecerse poco a poco.

Están igualmente, profesores y profesoras luchando y creando a pesar de las condiciones adversas de sus instituciones; mucha gente produciendo de todo para consolidar autonomía alimentaria local y regional, algunos funcionarios que sí funcionan; numerosas iniciativas por juntarse y comunalizar todo para hacer mejor las cosas, dirigentes, movimientos y líderes trabajando el pensamiento y definiendo acciones para dignificar la vida; autoridades construyendo el orden ciudadano, sacerdotes solidarios que alimentan la vida espiritual, entre un montón de esfuerzos que desde ahora necesitamos identificar y exaltar.

También tenemos constancia de muchos profesionales cajibianos aquí y fuera del municipio haciendo cosas de distinta naturaleza. Se trata de médicos, agrónomos, fisioterapeutas, fonoaudiólogos, ingenieros (civiles, ambientales, forestales, industriales, de sistemas y de minas), enfermeras, administradores públicos, financieros y de empresas, psicólogos, contadores, veterinarios, cocineros, abogados, arquitectos, militares, músicos, y licenciados en casi todo: matemáticas, educación, pedagogía, geografía, teología, sociales, lengua castellana, filosofía, básica primaria, idiomas, deportes, entre otros, que bien vale la pena inventariar. De muchos de estos notables cajibianos y cajibianas, lo único que extrañamos es tenerlos aunque sea ocasional e intermitentemente en nuestro municipio, tanto en nuestros dolores como en todas nuestras celebraciones.

Con el ánimo de seguir activando la memoria, me gustaría compartir algunas cosas, por ejemplo decirles que tal como lo expresara Mario Vargas Llosa, sin duda, una de las experiencias más importantes que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer tempranamente en un contexto y un ambiente rural y precario pero ante todo sin garantías para abordar esta tarea. Este milagro de la lectura y también de la escritura que aprendí y sigo aprendiendo en medio de muchos problemas, es el que también tengo la maravillosa posibilidad de constatar con Juan Esteban, mi hijo de 6 años, todos los días mientras vamos y venimos de su colegio, siempre asistidos por su afán de leer todo y de preguntarlo todo. Todo esto ha sido en principio posible gracias a la labor redentora de Clemencia –mi madre– quien desde sus mejores energías y en medio de su sugerente sentido común y a su modo, logro impulsarme en esto de pensar y movilizar el pensamiento, siempre desde una relación de humildad con el mismo.

Debo también reconocer que los primeros párrafos que escribí en mi adolescencia, realmente no fueron originales, pues eran una especie de plagio o de robo de las elocuentes y contundentes frases de las exóticas cartas que mi hermano Jairo escribía a su novia o tal vez a sus novias y que dejaba descuidadas entre sus cosas. De ellas tomé literalmente muchas ideas con las cuales él casi siempre tuvo éxito con aquellas mujeres que sin duda admiraron su sentido poético, su tono ensoñador y el poder de su palabra. Lo único malo de esta aventura, es que conmigo no funcionaba muy bien esto de la escritura poética y amorosa robada, y justamente la ausencia de tal éxito, fue lo que me obligó a buscar mi propio estilo, ir a la Universidad, estudiar otras cosas y ser paciente con el mundo de lo femenino. Con todo esto y en términos de lo que hoy conocemos como ´justicia cognitiva, diríamos con seguridad, que nuestras fuentes del conocimiento siempre estuvieron en casa, en el ´afuera escolar´, justamente en esos años donde habían pocas preguntas y parecía que todo estaba lleno de respuestas.

He dedicado toda mi vida a estudiar, descubrir e indagar lo que me ha dictado el corazón. Antes de ingresar a la institución escolar y en medio de ella, me beneficié con el saber de mis padres, mis hermanos, hermanas y demás familiares, mis vecinos y vecinas y de todos los amigos y amigas de distintas edades, generaciones y condiciones con los cuales aprendí y sigo aprendiendo a tramitar la vida en su dolor, pero también en sus fiestas y sus alegrías. En esta escuela vital que permanentemente construimos y reconstruimos con la gente, aprendí el valor inmenso de la amistad, la cooperación, la fiesta, la conversación, el trabajo, la vecindad, la imaginación, la música, la rumba, la sonrisa aun en medio del dolor que nos agobia, y en general, la importancia de la solidaridad en la intensidad de la vida pero también en la muerte, momento en el cual también requerimos de la presencia y del afectivo y efectivo don del abrazo. Vivir nuestro pueblo como escuela, ha sido la verificación de cómo no somos sólo depositarios del sufrimiento sino también del valor de tener una sonrisa y un apretón de manos siempre disponible para reactivar las energías y la esperanza.

Después de todo esto es cuando viene la escuela. Ahora recuerdo el desafiante y hasta tenebroso primer año escolar en la Concentración Escolar de Coconuco, los inquietantes y disciplinados cuatro siguientes años en la Escuela de niños de nuestro pueblo, los convulsionados y sugerentes seis años en el Colegio Carmén de Quintana, los fabulosos y sufridos seis años en mi pregrado de Contaduría Pública como también mis divertidos, desbordados y libidinosos años estudio en Antropología, para luego enfrentar tal vez fingiendo ser más señor, serio y riguroso, un año en una Especialización sobre Docencia de Problemas Latinoamericanos y casi cuatro años en la Maestría en Estudios sobre problemas latinoamericanos en la Universidad del Cauca. La mejor experiencia académica y socio-cultural de mi vida tiene que ver con el desarrollo entre los años 2005 y 2012 de mis estudios de Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, Ecuador, programa que me hizo ver lo frágil que es el mundo del conocimiento, la impertinencia de la prepotencia de los académicos y la necesidad de volver a tener una relación de humildad con el saber y con la gente que camina a nuestro lado. Con esto es como nos movemos en la vida universitaria, en el campo de la educación y en la permanente conversación con estudiantes, organizaciones, comuneros e instituciones, claro está, con la convicción de que el talento sólo es posible con disciplina, paciencia, sacrificio y cierto dolor, como también ordenando la cabeza, acudiendo al corazón, reconociendo y recordando de donde somos.

Como ven, es casi toda una vida dedicada a estudiar con la intención de comprender mejor el mundo y de tener la posibilidad de gozármelo más, tal como lo sugiriera el científico colombiano Rodolfo Llinas. Todo esto complementado con las enseñanzas adquiridas en el viejo y nuevo contacto con distintos movimientos sociales en el Cauca, Colombia y algunos países de América Latina, movimientos a los que siempre he visto y valorado como comunidades de pensamiento. Nada de esto y en ningún momento debilitó mis raíces ni mis vínculos con mi corregimiento y con mi pueblo, pues el corazón continúa latiendo por esta tierra y por su gente. Esta es la razón por la que casi siempre pongo por delante el nombre de Cajibío y me reconozco primero como campesino, luego como pueblerino y siempre como cajibiano. He aprendido mucho de las innumerables conversaciones con indígenas, campesinos, estudiantes, afrocolombianos, mujeres, obreros, mayores, jóvenes, niños y niñas y en suma, de todos aquellos y aquellas a los que me he encontrado en el camino y han accedido a compartir sus lógicas, sus prácticas y sus conocimientos, siempre pensando en que tienen algo que decirle al mundo.

Asimismo, y tal como ha pasado con alguna gente de mi sangre y muy próxima a mi corazón, también me he equivocado y como un humano más, los errores se nos han sumado a la existencia haciéndola frágil, con muchas tensiones e innumerables paradojas. No obstante, la vida que sin duda es muy corta, representa igualmente una inmensa oportunidad para reorientar nuestras energías, redefinir nuestras conductas y volver a poner el acento en lo mejor para quienes están entre nosotros.

En Cajibío nací, me crie, empecé mi formación, experimente ser niño y joven, gocé, sufrí, soñé, hice música, jugué, peleé, bailé, me embriague, aún no se si aquí realmente me enamoré, jugué a ser político como si esto fuese un juego, trabajé en todo y con todos. Aquí vivieron mis ancestros, aquí están mis códigos y mis fantasmas. Es esto lo que moldeó y moldea mi espíritu y mi personalidad, de ahí que todo lo que pasa en el municipio me afecta o me entusiasma. Nunca he sentido la menor incompatibilidad entre ser académico y ser cajibiano, pues en nuestro corazón están las personas y los lugares que fortalecen mis recuerdos y me generan la certeza de que aquí existe y existirá un hogar y un espacio al que siempre podemos volver. Ayer, hoy y siempre, ser cajibiano me produce un gran orgullo y alimenta la convicción de que todos y todas merecemos algo mejor, un mejor destino.

En medio de mi entusiasmo, no podría dejar de pensar en que todos y todas tenemos una especie de asignatura pendiente con Cajibío, una tarea que pasa por la imperiosa necesidad de descubrirnos en nuestras potencialidades y singularidades, lo que implica un dialogo de la memoria con el presente y con todo lo que nos constituye, es decir sin menospreciar la noble tradición campesina y su generosidad, los aportes de los reasentamientos indígenas *nasa* y *misak*, la presencia de la africanía o la afrodescendencia y entre otros, las contribuciones de ciudadanos foráneos ya adoptados en nuestro terruño, muchos empeñados en demostrar que no somos ni una anormalidad y menos una manifestación o encarnación de la inferioridad y del absurdo. También en esta carrera loca por el olvido y el desprecio, y en medio de ciertos caciquismos primitivos, reactivar la memoria será indispensable tanto para mejorar nuestra comprensión e interpretación como para hacer las correcciones política y socialmente necesarias. Aún en nuestro municipio no carecemos de todo y como nos lo recordara Willian Ospina, en nuestros pueblos ser pobre no equivale jamás al hambre y a la indigencia, así que no podemos renunciar, ya no podemos pasar por alto ni el poder comunitario de las tradiciones, ni las bondades del diálogo con ciertas políticas y prácticas modernizadoras, siempre y cuando sea la comunidad el centro y propósito fundamental.

Hemos vivido también nuestra tragedia, es decir el enfrentamiento recurrente de nuestras posiciones que se validan a sí mismas pero no logran inventar siempre un acuerdo, un diálogo, una síntesis, tal vez por la ceguera, la sordera y la arrogancia de muchos dirigentes y de muchos dirigidos. Es esta práctica la que ha producido desencuentros y dolores que expresan la inutilidad de la mayor parte de nuestros enfrentamientos, pues tal situación ya molesta mucho a nuestra gente que reclama otras opciones desprendidas de los dogmas de la memoria, los resentimientos y la ausencia de un ideario de presente y futuro.

En desarrollo de la tarea de descubrirnos está retomar el hilo de la tradición, rescatar el valor de las costumbres, evitar la pérdida de la memoria, reactualizar las sabidurías de la tradición, crear fraternidad, aumentar la solidaridad, potencializar la alegría, recuperar la natural musicalidad que nos distinguía, comunalizar lo que más se pueda, defender nuestros derechos al conocimiento, a soñar y a concretar los sueños, aprender cosas de todo tipo y todos los días, mover las ilusiones, fortalecer la vecindad, las energías y el perdón, aumentar los amigos, hacer buenas lecturas para seguir conversando y escribir la memoria de nuestros pueblos y de nuestra gente. Todo esto como antídoto para no caer en manos de tanto fanático suelto y desenfrenado, pues el destino y los mejores tiempos son sólo competencia nuestra.

Cada vez que recibo un título y una distinción como esta, presento un libro y hago una conferencia, me gustaría que toda la gente que ha tenido algo que ver conmigo, estuviese presente para renovarles mis afectos y mi inmensa gratitud a través de nuestro siempre dispuesto apretón de manos y de nuestro afectivo abrazo. He tenido siempre y en todas partes gente que me deja entrar en sus vidas y en sus entornos, me entusiasma, me imprimen y contagian de su fe y de su terquedad, de su esperanza y de sus convicciones, unas por transformar el mundo y otras por recuperar lo perdido, construir tranquilidad y seguir celebrando aún en medio de la adversidad, el milagro y la fiesta de la vida.

En un mundo como este, también lleno de dones, afectos y regalos, tal vez ahora, lo mejor será agradecer y celebrar.

Muchas gracias,

Olver